

con revolucionarios italianos. Y se niega por histérica frialdad.

El filósofo Pavia, idealista humanitario, sentenció:

—Tal vez se niega por un sentido aristocrático de la pureza y por un deseo de elevación.

—La mejor venganza contra las mujeres que se hacen pasar por virtuosas es precisamente creer en su virtud y respetarlas.

El acompañante de la «Inherrable» llamó al de las ostras, y el vendedor de tifus en conchas cerradas, presentó sus homenajes y sus moluscos.

—¡No toma más que ostras!

—El más poderoso excitante para una mujer es un billete de mil—dijo Piti.

—Hay excepciones—protestó el filósofo.

—Es verdad—admitió Piti—las hay que piden dos billetes.

*
* *

La escena es siempre la misma, pero ha pasado otro día. En el café no hay apenas nadie. En el margen de un periódico Piti escribe las «cuartetas económicas de bolsillo» en homenaje a una zorrilla que apenas ha vendido cincuenta y tres veces su virginidad:

La boca fresca,
la frente pura
de miniatura
dieciochesca.

Lo que hace insoportable la poesía moderna es la costumbre de ocupar muchas páginas, que induce a emplear versos larguísimos. Si los poetas se habituasen a escribir en los márgenes de los periódicos, ¡cuánto ganaría la poesía!

Me dijo: sí,
toda ella luminosa
y temblorosa
como un colibrí.

Piti escribe mientras Lucio, comediante y comediógrafo, desata su cólera por los fríos comentarios de la crítica a una comedia suya.

—La crítica...—vocifera Lucio.

Y Piti:

Se me ofreció
con alma y vida;
tibia y encendida
se me dió.

—¡Llórala!—grita Lucio.—Es una *cocotte*.

¿Una *cocotte*?
La *figulina*
es una heroína
de Walter Scott.

Y Lucio, con lo suyo:

—La crítica...

Piti hace una pelota con sus cuartetas de bolsillo, y sirviéndose del pulgar y el índice como de catapulta las proyecta contra el camarero. Y responde, indulgente:

—No hables mal de la crítica, de esa piadosa, santa, benéfica y filantrópica institución que sirve para que desahoguen noblemente su rabia todos los fracasados.

—¡Dejad en paz a los críticos!—protesta el comediógrafo Berrini, mostrando la mayólica de su sonrisa senegalesa, bajo dos carbonizados bigotes de carabinero.—¡Dejadles decir! ¡Es su único desahogo! Tú tienes el teatro lleno, el éxito, el aplauso: ellos no tienen nada. Están condenados a oscuri-

dad en la vida, y en su desgarrador sufrimiento por nuestro triunfo no tienen otra alegría que la de odiarnos.

Y plantó los sesenta y cuatro dientes furiosos en un disco de piñas.

La cocotilla prerrafaelista, de colores de acuarela tosió, solamente por hacer algo, volviendo la espalda hacia la cara, y en lugar de llevarse la mano a la boca, tosió sobre un homoplato.

—Me gusta la cocotilla.

—Por cincuenta liras, tuya.

—Por cincuenta liras, para ti.

—Te curaré yo.

—¡Dios me libre de los médicos!—gritó Piti.—La medicina es el arte de acompañar con palabras griegas a la última morada.

—Ha sifilizado a los más bellos campeones de nuestra *jeunesse dorée*.

—¿Y está ya curada?

—Pero después ha vuelto a enfermar.

—Podría adoptar el lema de D'Annunzio: «Yo tengo lo que he dado».

Un ambiguo efebo, demasiado guapo y demasiado rubio, entra contoneándose con un procaz ondulado de ancas, se sienta y pide con voz aspirada una bebida dulcísima (anís y agua). Es un hipersensible, un hiperesteta. Pálido de fastidio, dispone sobre la mesa hojas de papel, muchas hojas, muchísimas hojas, y alisándose la frente con la punta del anular, escribe líneas largas y líneas cortas, con gran derroche de admiraciones.

Dos epicúreos de café con leche que están jugando a los dados la consumación, lo llaman:

—¡Teresina!

El levanta la frente clara como una noche de luna, sonríe espiritualmente y saluda con la oscilación lánguida de un mechón de oro sobre los arcos de las cejas.

El joven médico Santori examina, a través de sus

lentes dióptricos, una pálida Taide a la aguada, y hace, a distancia, un diagnóstico de vegetación adenóidea; y el arquitecto Pagano Pogatschnig, atrincherado detrás de unos anteojos gigantescos con aros de tortuga (esos lentes que descansan a los ojos y asesinan a la nariz) con la mayor convicción le responde que se cisca. Piero Belli, novelista de guerra, demuestra con cálculos complicadísimos que si sumamos lo que cuesta una mujer toda la vida, y dividimos el resultado por el número de veces que un marido de sana constitución usa de ella, obtenemos, como cociente, una cifra que paga sobradamente, en igual número de veces, los favores de la más experta cortesana, de la más exigente aventurera, de la más emocionante *american beauty* (1).

A Mauro no se le veía, y debía ser tarde, porque Pascheta estaba ya en la fase de los aforismos fúnebres:

—Pensar en los muertos me entristece, por si son pocos. Me lleva a la idea de los vivos: y entonces me pongo más melancólico todavía porque los vivos sí que son muchos.

Flotaba en el aire cierta inquietud. ¿Y si Mauro Mauri estaba en la cama con dos cargadores en el estómago?

—¿Pueden ser indigestos dos cargadores?

—Si el estómago es débil, sí—respondió el cirujano.

El filósofo Pavia, pasándose los dedos por los cabellos que le quedaban sobre el cráneo (los otros le caían sobre el cuello) le daba fricciones filosóficas a una prostituta intelectual, de esas que tienen los cantos de Abelardo sobre la mesilla de noche, junto al frasco de glicerina; y le explicaba que el niño es cruel con el más débil, porque es mujer «todavía».

—El profesor Pavia—se observó—está redimiendo a la Magdalena, arrepentida de haber empezado demasiado tarde.

(1) Belleza.

—Espera hallar, como Voltaire, una Ninon de Lenclos que le deje dos mil francos para libros.

Media noche.

—¡Por fin!

Mauro Mauri entró.

—¿Cómo tan tarde?

—¿Cómo tan agitado?

—¡Si supiérais!

Retiraron los pies del diván, separaron la mesita y lo hicieron sentar en medio.

—Figuráos que para llegar antes he tomado un automóvil y a los trescientos metros hemos atropellado a un cura.

—¿Muerto?

—No: curará en unas semanas: pero hemos tenido que llevarlo al hospital, ir a la comisaría, perder el tiempo. ¡Los turcos tienen una ietatura! Vengo de mi casa. Dejadme beber. He discutido hasta ahora con aquella gente. Me quito el abrigo. Toda la familia se me ha echado encima. Estoy que reviento. Toda la familia: hasta la tía; hasta el rinoceronte del marido de la tía! Quiere batirse conmigo.

—¿La tía?

—El hermano.

—Quiere encerrarse en un convento.

—¿El hermano?

—La tía. Por vergüenza del escándalo. Quiere denunciarme al procurador del rey!

—¿La tía?

—El padre.

—Pero ve por orden.

—No es fácil. También estaba el turco.

—¿Quién es el turco?

—El novio.

—Pero ¿tiene un novio?

—Ella no: su hermana.

El arquitecto Pagano le apalancó las mandíbulas y el joven cirujano le echó en la garganta un vasito de genziana.

Mauro se inmovilizó en una mueca horrenda; en seguida continuó:

—Después del primer coloquio me dieron veinticuatro horas para decidir, pero al cabo de doce horas han vuelto a visitarme. Tengo todavía un crédito de otras doce.

—Justas.

—El veterinario me dice a quemarropa...

—¿Pero por qué no se preocupa de sus mulos?

—Caballos: no mulos. Está en un regimiento de caballería.

—No recojas las interrupciones. Continúa. ¿Qué te ha dicho a quemarropa?

—¡Que me case!

—Pero eso te lo había dicho ya.

—Me lo ha repetido: ¡que me case!

—Se conforma con poco.

—¿Te parece poco?

—Me parece justo.

—El padre, sin más, se ha puesto a hablarme de la dote.

—¡Qué simpático es ese padre!

—Depende de la cifra.

—El hermano, por el contrario, ha hablado de dotos: mañana las publicaciones en el municipio: dentro de quince días, la boda.

—¡Qué prisa!

—Te ahorras todo el período latiginoso del noviazgo. ¿Y tú qué has dicho?

—Que no.

—Eres un fenómeno. ¿Te gusta esa mujer?

—Sí.

—¿La quieres?

—Sí.

—¿Pretendes una dote superior?

—Me cisco en ella.

—¿Entonces...

Mauro hizo esa pausa que equivale a un cambio de registro, y dijo con acentuada claridad:

—No podría nunca querer a una muchacha que, después de haberseme entregado sin cálculo, saca partido de su entrega para casarse luego.

—Pero ella no es la que quiere casarse.

—Ya lo sé. Sin embargo, yo no sabría nunca deslindar su personalidad de la de sus parientes. Después de todo, ella ha sido quien ha declarado a su familia que era mi amante. Lo cual equivalía a encadenarnos.

—Es preciso saber si ha declarado, confesado, o dejado entrever.

—Argucias, querido abogado.

—O si lo han descubierto ellos mismos.

—No seas defensor de oficio.

—Y tú no la acuses sin haber hablado antes con ella. ¿La has visto después del descubrimiento?

—No la dejan salir.

—¡Bellacos! ¿Y qué es lo que te dicen de ella?

—Para ablandarme, me dicen que se está volviendo tísica. Se cree todavía que los bacilos de Koch están dispuestos siempre a entrar en escena detrás de un fallecimiento, de un fracaso en un certamen, o de una desilusión de amor.

—Saben que eres un sentimental, y la tisis tiene todavía mucho partido entre los románticos.

—Pero no entre los higienistas. Para describirla como una mártir me la pintan como una cretina. Temen que se mate. «¿Quiere usted que se mate?» me chillaba la tía. «Cosas que se dicen» atenuaba yo. «¡Cosas que se hacen!» replicaba ella; y me ha asegurado que la pobrecita tiene siempre el sublimado corrosivo en la mesilla de noche.

—Que se lo quiten.

—Eso le he dicho yo también. En lugar de hacerme amar más, me la están haciendo detestable. Figuráos que cuando la tía me ha dicho por segunda vez: «¿Pero quiere usted que se mate?», yo le he respondido: «No haría más que lo que debe». ¡Si hubiéseis oído los berridos de la tía! ¡Una furia!

¡Una sirena de Fiat! ¡Una virgen debatiéndose entre las uñas de un gorila! ¡No sabía cómo hacerla callar! ¡Cuanto más pretendía aplacarla, más aullaba!

—Haberle cortado el nervio laríngeo—dijo tranquilamente el cirujano.

—Luego han venido a verme dos oficiales.

—¿Veterinarios?

—De caballería. Padrinos.

—¿Te bates?

—No puede uno negarse cuando es un caballero. Los que se acuchillan en un acceso de ira, aunque sea por una pasión o una provocación perfectamente explicable, son asesinos. Pero el que después de unos años en las salas de armas, para tener un bello gesto, ensarta a un semejante, es un caballero.

—¿Y tus padrinos?

—He pedido a mi portero que me representara, puesto que se le manda que limpie los cristales, que traiga la leña y que pele los pollos y no se niega nunca.

—¿Ha aceptado?

—No. En la casa de enfrente vive Omb Ligo, el payaso *vieux style*, cómico irresistible de la Cás-pita-Film. Presento mi tarjeta; soy recibido; le pregunto si quiere apadrinarme.

—Abrevia. ¿Qué te responde el payaso?

—¿Que es demasiado serio para tomar parte en tales lances.

—Es una opinión.

—Por último, encuentro a Pellini y Fermenti...

Mauro indicó cuernos con el índice y el meñique de las dos manos. Los otros tocaron hierro, madera, un cuerno de coral y demás amuletos íntimos, conjurando la fiettatura por diversos medios según las diferentes escuelas (metálica, vegetal, zoológica).

—Pellini y Fermenti, en su calidad de empresarios de pompas fúnebres, tienen interés en sacar del duelo, por lo menos, un cadáver. En efecto, apenas se han encontrado con los padrinos del adversario, han com-

binado el lance a pistola, a diez pasos de distancia, libertad de apuntar y número ilimitado de disparos.

—¿Y lo has matado ya?

—No. El padre ha venido hace dos horas a mi casa a rogarme que no me batiera, porque un duelo así despertaría la curiosidad general sobre la muchacha, deshonrándola para siempre.

—Justo. ¿Y qué han hecho tus dos empresarios de pompas fúnebres al ver que se les escapaba por lo menos un cadáver?

—Ante la solemne promesa de la tía de morir en el término de tres meses, se han ido, dejando la dirección de su casa, con el número del teléfono y la lista de precios.

—Entonces estás tranquilo.

—No, porque han presentado una denuncia contra mí por corrupción de menores.

—¿No tiene aún los veintiuno?

—Los cumple dentro de unos meses.

—¿La has tomado por la fuerza?

—No.

—¿Se ha entregado voluntariamente?

—Eso no tiene importancia: todas las mujeres se entregan espontáneamente; no ha habido una sola que haya sido tomada por la fuerza.

—¿Pueden condenarte?

—Si no me caso, sí.

—En esta clase de juicios dictarán una ligera condena condicional, ¿verdad, abogado?

—Es lo corriente. Yo te defiendo.

—Pero yo tengo ya una condena condicional por ultraje a un ferroviario; conque si me condenan de nuevo...

—Tendrás dos penas: la nueva y la vieja.

—¿Y no hay otra solución?

—No la veo.

—Casarte.

—Celebrar una boda justa.

—Subir al altar.

—Con el anillo en el dedo.

El camarero, después de una orden misteriosa, puso en la mesita una cubeta metálica, llena de hielo, e hizo saltar dos tapones con la obligatoria explosión comprendida en el precio.

El arquitecto apuró de un sorbo la copa espumante antes de comenzar su discurso para no enfriar la improvisación bebiéndosela en medio de él; pero se la llenó de nuevo, porque no puede improvisarse discurso ninguno delante de una copa vacía.

El pintor se ofreció a miniar escenas dieciochescas, espiritualmente obscenas, sobre panzudas literas Luis XV, y el cirujano puso el forceps a disposición del primogénito, naturalmente varón.

—¡Los abrigos!

Salieron. Eran las cuatro de la mañana.

Junto a la puerta, un mendigo les saludó.

—No darle nada. Es un lisiado fingido.

—Le daré doble. ¿Qué mérito tendría si fuese un lisiado auténtico? Porque se toma el trabajo de fingir, es justo que su trabajo tenga su recompensa.

Mauro y el actor se dirigieron hacia el hotel en que él se alojaba con la actriz.

—Has pasado la noche fuera. ¿No temes su cólera?

—No me dirá nada.

Cuando estuvieron delante del hotel, levantaron la vista hacia una ventana del segundo piso, iluminada. Y sus miradas se encontraron. También a Mauro le había sucedido estar libre una noche entera, pero él se quedaba hasta el alba en la calle, mirando a la ventana, y contando las veces que un personaje misterioso le hacía encender la luz.

—¡Dichoso tú que no sufres!

El actor suspiró:

—De las mujeres, querido Mauro, hay que aceptar lo que te dan y no pedirles más. Tomarlas como son. Son deliciosos animales.

—Sí, deliciosos animales que deberían admirarse en los jardines zoológicos detrás de fuertes barrotes, como fenómenos de la Creación.

8

Mélitte, presa de temblores de fiebre, se había retirado a su cuarto, negándose a responder a las llamadas. Dos o tres veces el tribunal compuesto del padre, la tía y el veterinario se había presentado a interrogarla, a suplicarle, a sacarla de aquella muda resistencia. Encastillada en su silencio, arrebujada en su piel de marta, y hundida en una poltrona, escondía el hociquito entre el pelo, como los coleópteros que cuando presienten el peligro, retiran los cuernos, estiran las patas y hacen el muerto.

Pero no sufría. La ira asfixiante de la que toda la casa estaba saturada, no le tocó a ella. Su modo de sentir era tan incompatible con el ambiente que la rodeaba, que permanecía indiferente a los chillidos, impermeable a la bilis de toda aquella gentuza que, desplegando todas las fuerzas en defensa de la moral, presentaban el cuadro panorámico de la medioeval estupidez.

Los resoplidos de la tía, los aullidos del hermano, las palabras severas pero reposadas del padre, llegaban a sus oídos como sucesiones desorganizadas de sí-

labas. Ella y su familia eran, moralmente, como dos cuerpos que se adhieren, pero que no se mezclan; eran como el lacre y la marca: lo que en uno es relieve, en el otro es depresión; las convexidades audaces y renovadoras de Mélitte ensamblaban con las retrógradas concavidades de la familia.

Mélitte, que se había conservado virgen hasta hacía dos meses, por un retraso en la madurez sexual de sus deseos, tenía un concepto muy moderno, muy científicamente esquemático del amor, para dejarse arrastrar por los necios prejuicios de aquella pobre gente, en la que se unían las efemérides y vínculos convencionales de la familia. Había estado en Austria, en Alemania, en países de gran desenvolvimiento industrial, donde el amor libre no está acogotado por la moral jesuítica de los países latinos. Había estado en Bélgica, donde las parejas se separan cuando ya no las impresiona el amor, volviendo a encontrarse sin embargo de vez en vez, «para asuntos de administración ordinaria», como dicen los ministros dimisionarios. En el *boulevard* Anspach, de Bruselas, había visto a señoritas de buenísimas familias saludar con la mano a muchachos desconocidos que, al pasar, dirigieron las palabras de galantería. Sabía que allí, cuando una muchacha vuelve a casa encinta, no encuentra un padre que, maldiciendo, se arranque la cándida barba venerable, y escarabajee en los caminos de la ley, el «fruto de la culpa». Sino que es recibida, por el contrario, con esas palabras tiernas que merece y necesita una mujer que encierra el misterio sobrenatural de la maternidad; y cuando el niño viene al mundo, recibe también la bienvenida, y si la madre no puede atenderlo, educarlo y subirlo, se preocupan de todo los abuelos.

En Bélgica, los accidentes del trabajo de Cupido son comedias con un final alegre y luminoso; en Italia forman parte de los repertorios de Grand-Guignol: el padre puede matar impunemente a la